

fin del año entrante á M. Gauguet de pié sobre el terreno que ha recibido sus sudores, dando el frente á Europa y la espalda á las eternas nieves de nuestro monte-Rey, con un manojo de doradas espigas en la diestra y en la siniestra un racimo de cristalinas uvas, diciendo á sus amados compatriotas: "Veid como paga la Nevada el sudor del hombre honrado y laborioso!"

Riohacha, 27 de Diciembre de 1873.

RAFAEL CELEDON, PRO.

### NUEVO MILAGRO

DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.

Leemos en *L'Univers* lo que sigue:

Un telegrama nos ha señalado la curacion de una jóven que formaba parte del peregrinaje de la diócesis de Mende en Nuestra Señora de Lourdes. M. Dubois Guchan, antiguo consejero en la Corte de Lion, tío de la jóven, nos dirige sobre esta curacion la carta siguiente:

Paris, 10 de Octubre.

Señor Redactor:

Por consecuencia de un rápido desarrollo complicado con una fiebre tifoides, mi jóven sobrina Irma Dubois estaba enferma de una parálisis general que se extendía hasta el órgano de la voz. Hace pocos dias tomó parte en el peregrinaje que de la Lorère se dirige á Nuestra Señora de Lourdes. Uno de mis hermanos, que la acompañaba, me escribe lo que sigue:

Bagnères (Altos Pirineos) 4 de Octubre.  
Mi querido hermano:

El primero de este mes ha sido un dia muy grande para los padres de nuestra sobrina Irma. Tú sabes que estaba parálitica y muda desde hace treinta meses; pues bien, el dia precitado, despues de la comunión previa, se la transportó á la gruta, en donde, apénas entró en el baño, fué curada radicalmente. Al cabo de un segundo gritó: *Estoy curada!* se levantó, se vistió sola y se dirigió al pié de la estatua de la Virgen para darle gracias. Ella misma ha dejado allí sus muletas, en presencia de un público inmenso compuesto de los peregrinos de la Lorère, de los de Nantes, de los de Lille y de Bélgica.

Todo este público queria verla, y me fué preciso esperar muchas horas ántes de

poder volver á llevarla á la fonda. Durante el trayecto (3 kilómetros), la multitud la escoltaba cantando el *Te Deum*, el *Magnificat* y diversos cánticos.

Ya en nuestro aposento, aún no pudimos quedar solos; era necesario que nuestras puertas permaneciesen abiertas para dejar entrar al público y á personas distinguidas; los unos pedían permiso para abrazarla; los otros querían su firma en las estampas, los libros de oraciones, los breviarios; algunas personas caían de rodillas implorando su mediacion. Esta especie de delirio duró dos dias, y yo temí que nuestra Irma no pudiese resistir. En fin, la puse, al partir el peregrinaje, en manos del Obispo de la Lorère. Antes de su salida, habia caminado ya conmigo seis kilómetros á pié.

La reaccion milagrosa de que hablo ha sido, lo repito, inmediata. El prodigio ha sido de los más admirables; y por increíble que pueda parecer, afirmado por mi y hecho en mi presencia, no te dejará ninguna duda y te colmará de alegría. Yo he teleografiado la noticia á sus padres. Todo un mundo ha sido testigo del acontecimiento; cada uno queria ver á la *santa* y tocarla."

Tal es, señor Redactor, la carta que me escribe mi hermano. Consiento, si lo juzgais conveniente, en que reciba la publicidad de vuestro diario.

Recibid, os ruego &c.—E. P. Dubois Guchan, antiguo Consejero en la Corte de apelaciones de Lion.

P. D.—Despues de cerrada mi carta, señor Redactor, he recibido las dos siguientes, confirmándome la primera: la una de mi sobrina Malacrida Fontana; y la otra del padre de Irma, mi hermano.

### CARTA DE MALACRIDA FONTANA.

Mende, 8 de Octubre.

Gloria á Dios y á Nuestra Señora de Lourdes!

Es V. creyente, mi querido tío? Es V. escéptico? Me inclino á esta última suposición, porque, desgraciadamente, lo son muchos. Y bien! Si es V. escéptico, es necesario creer.

V. no ha visto á nuestra querida Irma, pero bastante ha oído V. hablar de su triste estado de salud. A pesar de esto quiso ir á Lourdes, á pesar de su padre, á pesar de su madre, á pesar de los médicos, á pesar de todo el mundo: tenia fe. Partió casi moribunda; y la llevaron cargada para

ponerla en el wagon, y se la ha visto volver derecha y lozana, caminando como todas las niñas de su edad: no es esto milagroso?

Mi tío Luis, segun me dicen los peregrinos de Mende, se encontraba á su llegada en Lourdes y ha sido testigo de esta curacion instantánea y milagrosa, y quedó confundido. Se ha hecho á Irma una ovacion magnífica. A porfía se le aproximaban, deseando besarle las manos, y aun el ruedo de sus vestidos.

En Villefort, de donde salió moribunda, habiendo anunciado un despacho el milagro de la curacion, toda la poblacion se empeñaba en verla. No se ha podido alejar á la multitud sino prometiéndole hacerla llevar la bandera á la cabeza de la procesion.

Pero quizá tiene V. ya todos estos pormenores. El peregrinaje de Lion se encontró en Lourdes con los peregrinos de Mende, y una señora de Lion deseó ser presentada á Irma. M. Mercier, Juez de instruccion en Mende, se encargó de llevarla á donde mi prima.

Hé aquí á esta pobre familia, tan desgraciada el año último, bien indemnizada de todo lo que ha sufrido.

Pienso que Irma vendrá á Mende á vernos ó mas bien á dejarse ver: tengo por mi parte un deseo extremo de que así sea. De buena gana iria yo á donde ella, pero entónces la veria yo sola; y toda mi familia lo desea tanto como yo....

### CARTA DE MI HERMANO.

Grandrieu (Lorère), 7 de Octubre.

Mi querido hermano:

Me apresuro á anunciarte que nuestra querida enferma Irma quiso ir en peregrinaje á Lourdes para implorar la proteccion de la Santísima Virgen con Dios todo poderoso.

Estaba aún muy débil y completamente enferma, y á mi pesar consenti en este viaje; pero su fo era de tal manera viva, tenia tal secreto presentimiento en su corazon, que creia que debia ceder á sus deseos.

Ella ha vuelto á nosotros completamente sana, despues de un minuto de permanencia en la piscina.

Hé aquí hechos que hablan mui elocuentemente. Podrian ser negados? Bien sé que hay incrédulos, gentes de mala fe: Dios los perdone!

Nuestro hermano Luis que, segun mi súplica, quiso de buena voluntad ir á es-

perar á Irma y á su hermana en Lourdes, debe haberte escrito y referido lo que ha visto con sus propios ojos; no creia mucho en los milagros, pero se ha rendido á la verdad.

Tu hermano y amigo,

AQUIES DUBOIS.

### UN RECUERDO

DE ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

ERA el 15 de Octubre de 1858. En el gran salon de la Universidad de Berlin se celebraban juntamente el natalicio de Federico Guillermo IV y la instalacion del nuevo Rector. La Academia musical de estudiantes se preparaba á comenzar la solemnidad entonando un coro, cuando de súbito se notó una sensacion especial entre la concurrencia, y todas las miradas se dirigieron á la puerta... Conduciendo respetuosamente por dos profesores, en cuyos brazos se apoyaba, entró en la sala un anciano, cuyo cuerpo de mediana estatura estaba encorvado, cuya cabeza estaba poblada de abundantes pero canos cabellos, cuya tez de un rojo amarillento contrastaba con lo blanco de la corbata, pero cuyos ojos azules, claros, penetrantes, dirigian á todas partes una mirada llena todavia de juventud y que comunicaba á su semblante una expresion indescribible de candor. A su entrada, la concurrencia entera se puso de pié, como si fuera un Principe el que acabara de presentarse; y conservó esa actitud hasta que el anciano hubo tomado asiento en un puesto de honor que le estaba reservado en la primera línea.

Y ¿no era en efecto un Principe, un verdadero Principe por la gracia de Dios como rara vez lo son cuantos eñen sus sienes con coronas de oro? Si, era un Principe y quizá el primero de los Soberanos, por la inteligencia, que cuenta nuestro siglo... era ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

Durante el canto y durante el ingenioso discurso de Dove sobre un tema de las ciencias naturales, en el que supo hacer con tanta habilidad como delicadeza mención de hallarse presente entre nosotros el mas grande naturalista desde los tiempos de Aristóteles, no me fué posible á mi ni á muchos desviar por un solo momento la mirada de aquel anciano tan amable y benévolo, persuadidos como estábamos de que obedeciendo á las leyes de la na-

Febr 3-11B 712112P 567-570 Ed 1212. 3/9. =  
 Bog. Febr. 19. 1.874 10 236 Annix

✓ f- 3910

turalidad, muy pronto habria de abandonarnos para siempre... No hacia sino pocas semanas, el 14 de Setiembre, que Berlin, Europa y todo el mundo civilizado habian celebrado de un modo conmovedor el nonagésimo aniversario de Humboldt, y sin embargo el semblante del anciano no revelaba cansancio: por el contrario, á cada pasaje talentoso, á cada agudeza ingeniosa del discurso de Dove, sus ojos centelleaban y en sus facciones se veia una animacion juvenil. Su corazon, su entendimiento, habian conservado, á despecho de los noventa años, toda su fuerza y vigor.

Despues vi al anciano abandonar la sala. Al pasar por entre la doble fila que respetuosamente formaron los estudiantes, sus ojos pensadores descansaron primero sobre los jóvenes, luego sobre los diversos objetos que decoraban los aposentos por donde atravesaba, pareciendo querer decir: "Yo tambien he pasado aquí muchas horas, aprendiendo cuando joven, enseñando cuando hombre, en estas salas de que ahora me despido... porque ya es tiempo de descansar."

Entre tanto el pueblo de Berlin se habia agrupado á la puerta de la Universidad, y al ver al anciano subir al coche, involuntariamente se descubrieron todas las cabezas, y á más de uno le oí exclamar: —Este es el viejo Humboldt! *Nuestro Humboldt!*

Estaba decretado que esta fuese la última visita que Humboldt hiciese á la Universidad; que no debia yo volverle á ver sino una sola vez, en su ataúd; que no debia volverlo á encontrar sino en su camino á la mansion de los muertos.

El 15 de Marzo de 1859 se leia en las gacetas de Berlin, y poco despues en todas las de Europa y América, la siguiente

“SÚPLICA:

“Agobiado por el peso de una correspondencia cada vez más numerosa, y que no baja de 1,500 á 2,000 cartas por año, me veo obligado á suplicar á las personas que me honran con su benevolencia que se esfuercen de cuantos modos puedan á que en ambos Continentes se ocupen menos de mi persona, ni consideren mi casa como si fuera estafeta de correo. Las fuerzas físicas é intelectuales comienzan á abandonarme, y necesito de tiempo y de calma para ocuparme de mis propios trabajos. Esta súplica, que hago tarde y contra mi querer, espero que no sea conside-

rada como hija de un sentimiento mezquino.—*Alejandro de Humboldt.*”

Entónces se convenció Berlin... y supieron el Antiguo y el Nuevo Mundo, ambos tan orgullosos de Humboldt y tan agradecidos de sus esfuerzos, que el sabio se acercaba á su fin, pues de otro modo no habria renunciado á sus eternas costumbres el hombre que en todo tiempo habia poseido una fuerza inagotable para el trabajo, que durante toda su larga vida solo se habia concedido cinco horas de reposo, á las que en los últimos años quitó todavía una para consagrarla al estudio, porque como solia decir: solo le quedaba corto tiempo de vida, y era preciso alargarla á expensas del sueño; y que, finalmente, jamas pudo dejar de contestar las cartas más impertinentes, y de hacerlo siempre de su puño y letra.

Esta “súplica” contiene las últimas palabras de Humboldt que se imprimieron. Cuarenta y ocho días despues se leia en la prensa de Berlin: “Hace doce días que A. de Humboldt guarda cama: sus fuerzas físicas desaparecen, si bien las de su espíritu se conservan en todo su vigor.” A este anuncio se siguieron boletines diarios acerca del estado de su salud, como es costumbre hacer cuando los Soberanos se hallan atacados de alguna grave enfermedad. El 9 de Mayo, á las seis de la mañana, pronunció sus postrimeras palabras: “La vida desaparece;” y á las dos y média de la tarde entregó su alma al Creador.

Con conciencia tranquila se separó de este mundo. Pocas semanas antes, hablando sobre la enfermedad incurable de su real amigo Federico Guillermo IV, con el Príncipe Regente, le habia dicho éste: “Despues hablaremos sobre el particular:” á lo que Humboldt le contestó sonriendo: “Dentro de un mes, A. R., habré yo bajado á la tumba.” Y en efecto, pocas semanas despues no le quedaban á Berlin sino los restos del más grande de sus ciudadanos, á los que erigió una tumba digna de un Rey. La ciudad entera tomó parte en la triste solemnidad, y desde los miembros de la familia real hasta el último hijo del pueblo, todos animados de un sentimiento verdaderamente piadoso, se encaminaron los habitantes de la capital á la casa número 67 en la calle de Uranienburgo.

Era esta una casa de dos pisos que habitaba Humboldt desde el año de 1827,

cuando despues de haber vivido largo tiempo en Paris vino á Berlin á fijar allí su residencia. Sin embargo, la casa no era de su propiedad, pero sí encierra una prueba del gran aprecio y cariño que le profesaron sus conciudadanos, de todos los círculos sociales, durante su larga vida.

No bien se habia instalado en ella el año indicado, y decorada con su vasta biblioteca, sus ricas y variadas colecciones y sus costosos instrumentos científicos, cuando el dueño le notificó que la necesitaba, porque iba á venderla. Humboldt no era ya bastante rico para comprarla, pues habia sacrificado, sin que le costara esfuerzo alguno, su inmensa herencia paterna al progreso de la humanidad, haciendo viajes dilatados y costosos con sus propios recursos. Verdad es que agotado su caudal, vivia como los sabios... de su pluma; mas aun cuando ésta era ricamente pagada por los editores, como nunca lo ha sido la de ningún escritor alemán, estos tesoros tan penosamente adquiridos, eran en el acto consumidos en nuevas conquistas para las ciencias; en prestar auxilio á jóvenes talentosos y aplicados y en socorrer á pobres y desvalidos de todas partes. El día de su muerte no habia en su caja más que 400 pesos, y esto constituia toda su riqueza... Grande fué el conflicto de Humboldt al verse obligado á cambiar de habitacion, y á mudar á otra sus tesoros científicos, puestos ya en orden; pero no bien tuvo Alejandro de Mendelsohn conocimiento de lo que acontecia á su célebre amigo, compró en el acto sigilosamente la casa en cuestion, y sorprendió al afligido sabio enviándole un contrato de alquiler, de por vida, amistosamente redactado. Ahora la renoubrada casa ha pasado á ser propiedad de la capital; en ella se encuentran lujosas colecciones de todos los reinos de la naturaleza, que autorizan el nombre de Museo de Humboldt que se le ha dado, y sus salas se abren al pueblo para su enseñanza y para que nunca olvide que en ellas vivió y trabajó más de cuarenta años el carácter más puro y más grande de Alemania.

Tambien yo me encaminé á aquella morada, que por más que encerrase un cadáver, era una mansion de immortalidad en la tierra. Allí encontré al célebre sabio descansando de las fatigas de la vida en la sala de su biblioteca, en medio de sus queridos libros y bajo las palmas y otras

plantas intertropicales, á cuya sombra habia viajado, dormido y soñado en otras partes del mundo cuando aún era joven y robusto. Tambien ahora parecia estar soñando, y en sus facciones se veia la misma benevolencia y grandeza de alma que lo caracterizaban cuando vivo; pero Seiffert, el antiguo criado que hacia cuarenta años le acompañaba, recordaba con su llanto, á la cabecera del lecho, que el sueño que su amo dormia era el sueño eterno.

El Príncipe Regente, ahora Guillermo I, dispuso un entierro digno del amigo de su real hermano... pero la participacion que en este acto tomaron todos los ciudadanos, lo convirtieron en una solemnidad popular. En ella nos correspondia á los estudiantes el primer puesto, ya que Humboldt habia manifestado siempre pertenecer á nuestra corporacion. ¡A cuántos de nosotros no prestó él ayuda, ya con sacrificios personales, ya con auxilios monetarios, ya con cartas de introduccion, ya, finalmente, ocupándose con interes de nuestros asuntos, y estudiando con inagotable paciencia los manuscritos de nuestros primeros ensayos!

Más aún: á sus sesenta años no desdenó tomar asiento con nosotros para oír las lecciones orales del doctor Bökh de literatura griega, y tomar anotaciones como pudiera hacerlo cualquier estudiante; porque, como solia decir: “era preciso reponer en la vejez los descuidos de la juventud.” Tambien asistia, siempre que se podia sustraer á los compromisos del puesto que ocupaba, á nuestras fiestas universitarias, á nuestras grandes comidas, y aun á los bailes de los estudiantes, en los que naturalmente “nuestro Humboldt” era el centro de la fiesta, y más de una mano hermosa colocaba en ellos á los pies de él sus ramilletes de flores, mientras que los labios sonrosados de las más bellas jóvenes besaban, llenas de respeto, las venerables manos del anciano.

Por esto era un deber nuestro dar al sabio amigo, que en nosotros veia y fomentaba los renuevos del árbol de la sabiduría, este último testimonio de nuestra gratitud. A los jefes de nuestras corporaciones les fué permitido acompañar con ramos de palmas en las manos el ataúd, al que seguian el clero, los ministros, los generales, la diputacion de la ciudad, los grandes artistas y sabios, y los representantes de América y de Añi-

ca. A la puerta del Colegio del gran Federico, se encontraban en fila los alumnos, los cuales al pasar el féretro entonaron la inmortal canción compuesta por el ya difunto amigo de Humboldt, Félix Mendelsohn:

*Está resuelto en los consejos de Dios,  
a la cual se siguió el sublimísimo himno;  
Jesucristo es mi esperanza.*

A ambas aceras de la calle que conduce a la catedral, se mantenía en pie, apiñada, una multitud con las cabezas descubiertas, silenciosa y triste, mientras que en el templo esperaban el Príncipe Regente y la familia real al gran difunto, para asistir a los oficios fúnebres.

Mas, ¿qué era lo que hacía que todos y cada uno de nosotros mirara en Humboldt á un deudo muy querido? ¿Era esto efecto de la celebridad que había alcanzado como naturalista y como sabio? ¿Eran sus ideas puras y varoniles las que inspiraban ese sentimiento? ¿O eran, finalmente, su filantropía y su caridad las que lo hacían tan digno de ser amado? Nada de esto aisladamente era la causa de un afecto tan entrañable: era el conjunto de todas esas circunstancias tan bello, tan puro, tan noble, lo que en él formaba un carácter armónico é irresistible.

En la noche siguiente fué conducido el cadáver de Humboldt á la cercana hacienda de Tegel, propiedad de la familia, donde según sus deseos terminantemente manifestados, quería ser sepultado al lado de su hermano Guillermo y de la esposa é hija de éste.....

W. v. RICHTENBERG.

#### A LA NARIZ DE CLARA.

Tu nariz, hermosa Clara,  
Ya vemos visiblemente  
Que parte desde la frente,  
No hay quien sepa donde pára.  
Mas puesto que no haya quien,  
Por derivación se saca  
Que una cosa tan bellaca  
No puede parar en bien.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

#### DE UN COBARDE.

Sacó la espada un valiente  
Contra un gallina, y huyendo

El cobarde iba diciendo:  
—“Hombre! que me has muerto, tente!”

Acudió general ruido,  
Y uno que llegó á buscarle  
La herida para curarle,  
Viendo que no estaba herido,

Dijo:—“Qué os pudo obligar  
A decir, si no os hirió,  
Que os ha muerto?” y respondió:  
—“No me pudiera matar?”

JUAN RUIZ DE ALARCON.

#### GRANDE ACONTECIMIENTO.

CAEN de un monte á un valle entre pizarras  
Guarnecidas de frágiles helechos,  
A su margen carámbanos desechos,  
Que cercan musgos y silvestres parras.

Nadan en su cristal ninfas bizarras  
Compiendo con él cándidos pechos,  
Dulces naves de amor, en más estrechos  
Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo á un prado,  
Que para tantas flores le importuna  
Sangre á las venas de su pecho helado.

Y en este valle y líquida laguna,  
Para decir verdad como hombre honrado,  
Jamás me sucedió cosa ninguna.

LOPE DE VEGA.

#### Para leer.

SUMA Y SIGUE. UN Oficial repartía á varios soldados que tomaban la licencia lo que alcanzaban cada uno del fondo. Los iba llamando por una lista en que constaban los nombres de todos ellos y lo que correspondía á cada uno.—Juan López, alcanza 100 rs.—Ramon González, id. 200. Así continuó, y al concluir la primera cara, dijo:—Suma y sigue, 8,423.—Apríctala! exclamó uno: ¿quién es este Suma y Sigue que alcanza tanto?

HALLÁNDOSE un estudiante á pupilo en un colegio, echaronle en una taza grande mucho caldo, y un sólo garbanzo. Visto esto por el colegial principió á desabrocharse y á rogar á su compañero que lo ayudase á desnudar.—Y para qué? le dijeron.—Porque me quiero echar á nadar, para ver si cojo aquel único garbanzo.

ENTRÓ en una tertulia un sujeto que tenía gran fama de embustero. Antes de que hubiese tenido tiempo de saludar, hubo uno que le dijo:—No es cierto.—Pero, hombre, si no he dicho nada!—Es igual: vais á hablar y mentireis.

UN portugués más bravo que Rodomonte decía:—No me atrevo á mirarme en un espejo cuando estoy armado, porque me hago miedo á mí mismo.

UN estudiante que escribía á un amigo suyo empleó tres pliegos de papel en la carta, y concluyó diciendo:—Amigo mío, te escribo esta carta tan larga, porque no he tenido tiempo de escribirla más corta.

UN gallego recibió de su amo la orden de echar al correo todas las cartas que le dejase sobre la mesa. Un día encontró el gallego varias cartas que no tenían el sobre todavía y las echó en el buzón.—Cómo! le dijo el amo, ¿no has visto que las cartas no tenían sobre?—Señor, yo creí que usted quería que no se supiese á quién iban dirigidas.

UN hombre muy gracioso dijo en la hora de la muerte á los Escribanos que acababan de extender su testamento.—Tengan ustedes la bondad de colocarse uno á cada lado de mi cama, para tener la dicha de morir como Cristo; entre dos ladrones.

HACE muchos años que oímos contar algunos chistes del señor Manolito Gázquez, los cuales trasladamos á continuación para solaz de los lectores:

Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie, á juicio suyo, le prestaba á tal instrumento el empuje y sonoridad que él.—“En cierta ocasión, decía, quise pasmar á Roma y al Padre Santo. Para ello entré en la iglesia de San Pedro un día del santo patron, el primer Apóstol. Allí estaban el Papa y los Cardenales, y ciento cincuenta y cinco Obispos, y toda la cristiandad. Tocaban veinte órganos y muchos instrumentos, y mil pitos y flautas, y entonaban el *Pange lingua* dos mil y cincuenta voces. Llegó don Manolito con su casaca (iba yo de corto) y me pongo detras de una columna que hay á la entrada por Oriente, así conforme se entra á mano derecha; y cuando más bullicio había, meto un

pimporrazo, y toda aquella algazara calló, y la iglesia hizo *bum, bum* á este y al otro lado, como para caerse. A poco siguió la función, creyendo el Consistorio que el terremoto había pasado, y entonces meto otro pimporrazo de mis mayúsculos y la gente se asusta, y dice al punto: O el firmamento se desploma, ó el señor Manolito Gázquez está en Roma. Salieron á buscarme; pero yo tenía que hacer y me vine á Sevilla, para ir al rosario.”

Si algun paseante al pasar en aquellos días calurosos de estío por la puerta de Manolito, se sentía aquejado por la sed, y le pedía un poco de agua, gritaba al punto: “Doña Teresa (su esposa), bajad la garra de oro con agua fresca, y si no está á mano, venga la de plata ó la de cristal, y si ninguna se encuentra, traed la jarra de barro, que este caballero disimulará por esta vez, si se le sirve con buena voluntad.”

En cierto día que para una noticia que era preciso hacer saber en Cádiz, se hablaba del modo de transmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo don Manolito: Y por qué no va por agua la noticia?—Pero siempre, le replicaron, serian necesarios tres ó cuatro días. Dos horas, repuso Gázquez, yendo nadando como yo fui cuando la guerra con el inglés á cierta orden del General. Yo me eché al agua al anochecer á la Torre del Oro; meto el brazo, saco el brazo, estoy en Tablada; meto el brazo, saco el brazo, héme en San Lúcar de Barrameda; meto el brazo, saco el brazo, al frente de Rota, y de allí como una lanzadera á Cádiz: al entrar por la Puerta del Mar tiraban el cañonazo y tocaban la retreta... ¡Digo, señores, si me descuido!... aludiendo á que á tal hora se cierran en Cádiz las puertas como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

#### DEL INFIERNO AL PARAISO.

LA FAMILIA DEL SILLERO.

MATURINO Cantagrel era un hombre de treinta y siete años de edad, y uno de los más hábiles silleros de la ciudad de Dola, donde vivía.

Buen cristiano y mejor padre de familia, su único defecto era el ser tan bondadoso, que excedía ya los límites de conveniencia.